

EN MEMORIA DE D. GONZALO ARANDA

Hace algo más de un año, me concedió el gran honor nuestro I.S.C.R. de la Universidad de Navarra de escribir una reseña del profesor D. Gonzalo Aranda, con motivo de su jubilación. Lo que no esperaba es que una de mis frases finales, "He luchado el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe" (2 Tm 4, 7), y la referencia a lo que llamé entonces JUBILACIÓN, iba a llegar tan pronto.

Me pilló de sorpresa, cuando me empezó a llegar información sobre su fallecimiento, que luego me confirmó D. Francisco Gallardo. Sabía que estaba muy enfermo, sin embargo una no está preparada para esto, ya que el mundo actual aparta siempre que puede la idea de la muerte. Y más cuando no sólo lo consideraba maestro, sino también amigo. Necesité toda la tarde del lunes y empezar el Oficio de Difuntos, para poder asimilarlo.

Podría repetir todo lo que escribí aquella vez, pero ahora quiero escribir otra cosa. No sólo es agradecimiento académico por todo lo aprendido, sino por su vida de fe. Nosotros no podemos darnos la fe a nosotros mismo, sino que siempre la recibimos: unas veces es Dios quién nos la ofrece y otras tantas, la mayoría de las veces, vemos en las otras personas la obra de Cristo como ejemplo para nosotros. Así me paso con D. Gonzalo y así es como se construye la fe en la Iglesia. No nos salvamos solos, sino que lo hacemos formando un pueblo, el Nuevo Pueblo de Dios. Por eso, cuando escuché en el evangelio: "Damos testimonio de lo que hemos visto" (Jn 3, 11), pensé que no había mejor frase para definir la labor de D. Gonzalo. Únicamente un hombre con su capacidad de servicio y su humildad, es a causa de que ha visto, oído y, porque no, estudiado a Jesucristo.

Pero si tuviera que destacar algo de D. Gonzalo, sería su eclesialidad, que le llevaba a servir donde se le requiriese. No había movimiento o grupo al que D. Gonzalo le dijera que no. Estaba siempre atento al soplo del Espíritu, que va donde quiere (Cf. Jn 3, 8). Esto también se reflejaba en su labor educativa, pues estaba siempre presto a ayudar a quién se lo pidiese.

Mi madre me dijo que podía esperar a que se le hiciera el funeral en Zaragoza, sin embargo yo sentí que tenía que estar en Aizoain. Supe que no me equivoqué, en cuanto escuché las primeras notas del "Himno a la Cruz Gloriosa" de Kiko Argüello, con la letra tan apropiada para el funeral. A partir de ese momento, tal y como uno puede desentrañar en el libro del Apocalipsis, a través de la Liturgia se produjo la unión entre la Iglesia celeste y la que todavía peregrina en la tierra. Todo en la liturgia acompañó para sentir el cielo en la tierra: la fe del pueblo, los sacerdotes concelebrantes, el gesto de colocar la casulla y el evangelio sobre el ataúd, los cantos, la homilía... hasta un gesto tan sencillo como un sacerdote joven, ayudando a uno mayor a ponerse el alba, me pareció hermoso y significativo. Es de esos instantes en que se da gracias a Dios por la fe, ya que aunque humanamente se siente el dolor por la pérdida, ella me enseña a ver que tenemos otro ángel en el cielo intercediendo.

Cómo ya di las gracias en mi anterior nota, solo escribir para finalizar como la canción: "¡Hasta pronto! ¡Hasta el cielo! Cristo te dé la vida y te reciba en tu amistad".